

# La Escuela de Traductores de Toledo

(Siglos XII y XIII)

Vamos a tratar en estas líneas un tema apasionante, poco conocido por el gran público: el papel de España como puente por el cual, durante un período que culmina en los siglos XII y XIII, las culturas griega y latina, casi perdidas en Europa desde hacía siglos, vuelven a ella gracias a los textos árabes de Oriente, donde había sido recogida.

Ya en el siglo X se habían traducido en Cataluña algunos textos científicos (manuscritos de Ripoll). La figura más notable de entonces es la del monje Gerberto, que destaca entre el grupo de estudiosos que aprenden en libros traducidos del árabe.

En el siglo XI, Toledo —reconquistada por Alfonso VI— empezó a ser un centro cultural donde se encontraban intelectuales árabes, judíos y cristianos. En la época de Alfonso VII (siglo XII) aumentó su importancia al recibir a numerosos judíos que allí se refugiaron huyendo del sultán Abdelmumen.

Fue entonces, bajo la protección del Arzobispo y Gran Canciller de Castilla, don Raimundo, cuando se constituyó en Toledo un centro de traducción que la historia ha recogido con la denominación de "Escuela de Traductores de Toledo" y que gozó del apoyo del rey Alfonso X "El Sabio", cuya corte, un siglo después, fue lugar de encuentro de hombres de letras y de ciencias dedicados al estudio, a la traducción y a la redacción de obras, trabajos que el mismo rey dirigía.

Intelectuales cristianos, judíos y musulmanes, allí reunidos, fueron traduciendo al latín las obras famosas de la ciencia árabe, de las que unas eran originales y otras, por el contrario, eran traducciones de obras griegas.

Allí se tradujeron libros de Matemáticas, Medicina, Alquimia, Historia Natural, Física, Psicología, Lógica, Moral, Metafísica y Política; el "Organom", de Aristóteles, glosado o compendiado por filósofos árabes como Al-Kindi, Al-Farabí, Avicena, Algazel y Averroes; los trabajos de Euclides, Ptolomeo, Galeno e Hipócrates, con notas y comentarios de Al-Juraizmi, Al-Batenio, Avicena, Averroes, Alpetragio y otros, y numerosas obras hasta entonces desconocidas en Europa durante siglos y cuyo estudio iba a contribuir al desarrollo del Renacimiento.

¿Quiénes eran estos traductores? Se conservan sólo algunos nombres, entre ellos los de Dominicus Gundisalvi (Domingo González), Arcediano de Segovia; Juan Hispalense, judío converso de Sevilla; Gerardo de Cremona, italiano; Miguel Scoto, inglés; Andrés el Judío, Roberto de Retines, Hermán el Dálmata, Adelardo de Bath y Hermán el Alemán.

Los dos primeros son los más conocidos por su cultura universal y la claridad y pulcritud de sus traducciones para las que trabajaban en equipo; Juan Hispalense, buen lector del árabe, vertía el texto oralmente a la lengua hablada o vulgar y Gundisalvo la recogía en latín.

Títulos de algunas de estas traducciones son "Libros del Alma, de la Física y de la Metafísica", de Avicena; la "Filosofía", de Algazel; "La Fuente de la Vida", de Avicibrón, todas ellas de Gundisalvo y Juan.

Gerardo de Cremona tradujo libros de Astronomía y de Medicina; Scoto vertió al latín textos de Aristóteles, Avicena y Alpetragio y los libros de Averroes "Del cielo y el mundo" y "Tratado del alma". Ratinos y Hermán el Dálmata tradujeron el Alcorán.

Estos hombres no fueron sólo traductores. También fueron autores y se conservan algunos trabajos originales, como "De inmortalitate animae", sobre las doctrinas de Avicena y Avicibrón, "De processionemundi" (editado por Menéndez Pelayo) y "De divisione philosophiae", que es una clasificación de las ciencias. Los tres son obra de Gundisalvo.

Por su parte, Adelardo escribió tratados de Matemáticas y Astronomía, y Hermán el Alemán escribió la "Retórica y Poética de Aristóteles". Todas las obras originales de estos tratadistas son de notable influencia árabe.

Difundida por Europa la fama de la Escuela de Traductores de Toledo, acudían a ella estudiantes e intelectuales decididos a penetrar en la ciencia árabe y a conocer los textos griegos, que resurgían después de un silencio de siglos. De esta forma, los nuevos textos, redactados en latín clásico, pasaban luego a las distintas lenguas de Europa. No fueron ajenas a este movimiento las traducciones de textos árabes o de versiones latinas de la Escuela de Toledo, llevadas a cabo por traductores judíos de Cataluña y Provenza, como Jacobo ben Abbamarti, Calonimos Benmair, Calonimos Bertodos, Levi Bengerson, Prophatius y Moisés de Narbona.

Así, las ideas de la filosofía y de la enciclopedia griegas penetran en Europa a través de Toledo y el mundo estudioso de entonces bebe en las fuentes originales aquellos textos que habían de influir tanto

para lograr el florecimiento filosófico, literario y artístico del Renacimiento. Cupo a España la gloria de haber servido de puente entre el mundo griego clásico y el europeo de la época por medio de la lengua árabe, vehículo que transportó de Oriente a Occidente el acervo cultural de la vieja Grecia, sacudido el polvo del olvido y de los siglos.

Llegado a este punto, estoy seguro de que más de un paciente lector conocedor de la UNESCO habrá encontrado en esta Escuela de Traductores de Toledo un lejano antecedente de la Organización internacional cuyos ideales de paz por medio de la educación y de la cultura en tanto se asemejan a la empresa medieval del Arzobispo Raimundo con la protección de aquel Rey Alfonso X que ha merecido de la Historia el sobrenombre de "El Sabio", mecenas admirable, eficaz y fiel continuador de la obra incipiente de sus homónimos Alfonso VI y Alfonso VII.

Encuentro de razas, de pueblos y de religiones, unidos todos por el solo lazo de la cultura universal, inmersos en una tarea común plena de altruismo, en beneficio de un mundo desconocido; crisol donde se fundían en una sola lengua los textos escritos en otras; portadores de antiguas culturas, remozadas por el entusiasmo de un grupo de idealistas; ejemplo de máxima tolerancia: un arzobispo que coloca la cultura por encima de diferencias religiosas o de viejos prejuicios y un rey que sabe conjugar sus conquistas territoriales con una obra intelectual admirable, iluminando a Europa entera, en aquellos años de penumbra cultural, con una luz venida de lejos y adaptada al nuevo ambiente.

En este año en que celebramos el XXX aniversario de la fundación de la UNESCO, no está de más recordar que hace ocho siglos, en circunstancias difíciles y precarias, una institución ejemplar había surgido en Toledo anunciando ya el "Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres...".

**Fernando VALDERRAMA MARTINEZ**

